

EL INSTITUTO DE CIENCIA MARY BAKER EDDY

PRESENTA:

<http://www.mbeinstitute.org/espanol/>

EL FINAL DE LA BÚSQUEDA

Por Marchette Chute

(traducción libre)

NOTA al lector: El Apocalipsis (el Libro de 'la Revelación') está cuidadosamente construido; casi matemáticamente, como una sola *unidad*. Se presume que el lector lo tratará así. No fue destinado a una mera lectura casual.

Se presume también que el lector está al tanto de la última sección del libro del autor "La Búsqueda de Dios", titulado 'El Encuentro', así como del capítulo "Recapitulación" de Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras, por Mary Baker Eddy.

La traducción empleada de la Biblia corresponde a la versión King James, con una que otra lectura diferente. Al final se encontrará un glosario de los términos empleados con frecuencia.

La Estructura del Apocalipsis

Prólogo

Las Siete Visiones

1. El Recibo del Manuscrito
2. La Apertura de los Siete Sellos
3. El Sonar de las Siete Trompetas
4. El Nacimiento del Varón; el Surgimiento del Dragón y de sus Diputados
5. Las Siete Copas del Juicio; la Destrucción de Babilonia
6. La Victoria Sobre los Diputados del Dragón; el Reino Milenario; la Destrucción Final del Dragón
7. El Surgimiento de la Ciudad Santa

Epílogo

Capítulo I

"Los caminos están en sus mentes". (Sal. 84: 5)

La revelación de San Juan está escrita en una forma literaria muy popular para aquella época – la idea del 'Apocalipsis'.

Se produjeron gran número de estos Apocalipsis a lo largo del Siglo I. Fueron escritos con el propósito de reconfortar a los fieles en los días de persecución y para prometerles un día de juicio, en el cual el mundo acabaría en fuego y humo, y Dios y su Mesías harían entrar un nuevo mundo. Se levantarían a los muertos, se juzgaría al mundo, y los pecadores serían atormentados, en tanto que los fieles serían premiados con una eternidad de alegría. Tanto los judíos como los cristianos escribían dichos Apocalipsis.

Dado que la estructura del Apocalipsis se parece a la de estos Apocalipsis comunes, la mayoría de los estudiantes bíblicos han tratado de probar que el libro es por consiguiente, otra forma más de esta creencia contemporánea en un final inminente y literal del mundo.

Sin embargo, todo intento por interpretar el Apocalipsis desde este punto de vista, ha terminado en fracaso. "Yo atestiguo a todo el que escucha las palabras de la profecía de este libro, que si alguno hace añadiduras a esto, Dios le

añadirá a él las plagas descritas en este libro. Y si alguno quita algo de las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la ciudad santa escritos en este libro”.

El uso de este tipo de maldición era un truco literario normal de la época para asegurarse que el libro retuviera su forma exacta a través del tiempo. Si las palabras del Apocalipsis permanecen en su forma original como lo requirió su autor, es imposible deducir una interpretación literal de los eventos escritos. El autor no está describiendo un Día de Juicio literal y físico, y tal interpretación no puede ser forzada. Todos los escritos de Juan tratan de una sola idea: la destrucción de las tinieblas por la Luz. Juan escribió su Evangelio para probar que Jesús era el que trajo la Luz; y él escribió el Apocalipsis para dar testimonio de la lucha posterior entre la Luz y la oscuridad que tan solo termina cuando se destruye completamente a la oscuridad.

Es por esto que no se puede interpretar el Apocalipsis de Juan de la misma manera que los otros libros de la época. Juan no estaba hablando de la destrucción física del mundo, sino que escribía acerca de una ***lucha mental, entre la Luz que es el conocimiento de Dios, y la oscuridad que es la ignorancia acerca de Él.*** Juan escribió su libro con símbolos que pueden encontrarse en toda la Biblia. Él no quería que malinterpretaran sus palabras. El Apocalipsis constituye una profecía.

A lo largo del tiempo se han identificado personas y eventos con esta profecía, pero en cada caso la interpretación solamente es convincente en lo que se refiere al contexto inmediato, cuando los pasajes están aislados del texto integral y considerados por separado. Es por esto que Juan pronunció una maldición sobre todo aquél que quitara algo de esta profecía.

Visto en su totalidad *el libro es una simple crónica de una lucha espiritual.* Se trata de lo que pasa al individuo que acepta el descubrimiento de Jesús acerca de Dios *y que está dispuesto a seguir el camino que Jesús ha emprendido.* Jesús hizo una promesa específica: “El que me siga, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Juan 8: 12).

El Apocalipsis es el relato del cumplimiento de esta promesa. Para entender completamente este relato de Juan es imprescindible que el lector tenga dos cualidades:

PRIMERO, y más importante, tiene que entender lo que Jesús quiso decir por: ***la vida eterna.*** El Libro se dirige a los servidores de Dios (Apoc. 1: 1) y Juan supone que ellos poseían conocimientos comunes.

En la misma manera que la música de una sinfonía requiere un conocimiento previo de música por su lector, el Apocalipsis presupone un conocimiento exacto y hasta cierta medida probado del descubrimiento de Dios que Jesús hizo. (Exacto, porque nada realmente viene a ser un hecho para una persona, hasta que haya descubierto que es un hecho que puede probarse.)

El Apocalipsis nunca explica en ningún momento lo que era este descubrimiento. Juan supone que el lector ya tiene tal conocimiento. Él escribió su libro en la misma manera que Jesús habló a sus discípulos la noche de su última cena, es decir, para sus semejantes en ‘lenguaje figurativo’ (con proverbios, Juan 16: 25). Juan esperaba que la significación de sus símbolos se aclarara una vez que el individuo estuviera bastante avanzado en “el camino que lleva a la vida” (Mat. 7: 14) como para utilizar el libro de manera inteligente.

SEGUNDO, menos importante que la primera pero útil, Juan presupone un conocimiento a fondo tanto del Antiguo Testamento como de los varios usos literarios del tiempo de Juan. Él no inventó ninguno de los símbolos; todos están

tomados del Antiguo Testamento y es importante saber algo del sentido original para entender por qué Juan los utilizó.

Por ejemplo, en la primera visión hay una descripción del Cordero con siete cuernos y siete ojos, de pie en el medio de un trono colorado. Esto quiere decir que Jesús poseía una fortaleza perfecta y una visión perfecta; y que el sacrificio de su crucifixión implicaba que era uno de perfecta unidad, el resultado de su conocimiento de que “Yo y el Padre somos uno somos” (Juan 10: 30). Sin embargo, para llegar a esta interpretación el lector tiene que conocer el Libro de Ezequiel, del cuarto Evangelio, del procedimiento del rito judío del templo, del uso literario aceptado de la palabra ‘cuernos’, y de la teoría hebrea de los números.

La mayoría de los símbolos utilizados por Juan provienen de las Escrituras Hebreas, y Juan da un significado simbólico a lo que originalmente era una imagen literal. Sí, consideramos que Juan lo escribió de tal manera, para forzar a sus lectores a buscar una interpretación espiritual, *unificada*.

El Apocalipsis relata una lucha mental, no física, y los ejércitos y las ciudades de los cuales Juan escribe son tan sólo símbolos, el uso del cual es *constante* en todo el libro.

En resumen, el Apocalipsis es el relato en siete partes o visiones de la lucha entre lo que Jesús llamó “el Espíritu de la Verdad” (Juan 14: 17) y lo que llamó “mentiroso y padre de mentiras” (Juan 8:44). El símbolo para el padre de mentiras en el Apocalipsis es el dragón que es “el seductor del mundo entero” (Apoc. 12: 9). Hay siete etapas durante las cuales el dragón está descubierto y destruido, hasta que la séptima visión de la Nueva Jerusalén, la ciudad del conocimiento de la verdad, es el único lugar en donde es posible vivir.

El Libro está dividido en siete visiones, porque siete era para los hebreos el número de la *totalidad*, de la perfección. (Ver los siete días de la creación en el Génesis).

Las siete visiones están incluidas en un prólogo y un epílogo. El prólogo también está dividido en siete partes, llamadas: Los Mensajes a las Siete Iglesias.

Aquí, como en todo el libro, Juan está relatando una revelación que le llegó: “la revelación de Jesús el Cristo” (Apoc. 1: 1).

Jesús era el único que había atravesado la lucha y la victoria descritas en el Apocalipsis y por consiguiente él era el único capaz de trazar “el camino que lleva a la vida” (Mat. 7: 14).

Juan empieza el libro presentando la llegada de “Jesús el Cristo, el testimonio fiel” (Apoc. 1: 5) en una serie de símbolos que hacen hincapié en dos cualidades: la luz y la fortaleza.

“en su mano derecha tenía siete estrellas... su cara era como el sol que brilla en todo su esplendor” (Apoc. 1: 16), es decir, una imagen *totalmente* libre de tinieblas y de debilidad. Jesús vino como ‘uno que tenía autoridad’.

A pesar de las creencias generales, las siete iglesias son símbolos; cada una representa otro aspecto diferente de la organización eclesiástica, de lo que pasa cuando un grupo de personas se juntan para constituir una iglesia. Hay siete símbolos para indicar el hecho de que con la séptima iglesia la descripción *se completa*.

1. La iglesia de Efeso ha tenido la inteligencia para probar todo por sí misma, y ha demostrado mucha paciencia, y ha trabajado duro. Sin embargo, ella no es tan amorosa como antes, y esto constituye un pecado que exige un arrepentimiento inmediato - si no hay ningún cambio, la iglesia desaparecerá.

Pero el individuo que es victorioso comerá “del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios” (Apoc. 2: 7).

2. La iglesia de Esmirna parece padecer de tribulación, pobreza y calumnias. A pesar de esto, es rica y su fidelidad será recompensada por la corona de la vida. El individuo que es victorioso “no será herido con la segunda muerte” (Apoc. 2: 11).

3. La iglesia de Pérgamo ha permanecido fiel a lo que sabe, pero algunos de sus miembros están cometiendo actos que resultan ser idolatría. Tienen que arrepentirse repentinamente. Pero el individuo que es victorioso, recibirá “una piedra blanca y en la piedra escribiré un nombre nuevo, que solo conoce el que la recibe” (Apoc. 2: 17).

4. La iglesia de Tiatira ha sido amorosa y fiel y ha trabajado con diligencia. No obstante ha permitido a “la mujer Jezabel”, y quienquiera que la siga, será destruido. (En Reyes, Jezabel era la reina que luchó contra Elías). Pero el individuo que es victorioso recibirá todo poder, y “le daré la estrella de la mañana” (Apoc. 2: 27 – 28).

5. La iglesia de Sardis piensa que está viva, pero está muerta, ya que nada de lo que empieza a hacer se cumple. Oye la palabra, pero no la obedece, y quedan pocas vestiduras blancas en Sardis. Pero el individuo que es victorioso, “oírás su nombre declarado delante de Dios”.

6. La iglesia de Filadelfia tiene delante de ella una puerta que nadie puede cerrar, y lo poco que posee, tiene que utilizarlo. Tiene que mantenerse firme y no dejar que nadie le quite nada. El vencedor será “una columna del Templo de mi Dios, y no saldrá más. Escribiré sobre él, el nombre de mi Dios, el nombre de la ciudad de mi Dios – la Nueva Jerusalén” (Apoc. 2:12)

7. La iglesia de Laodicea es orgullosa de su riqueza y su posición en el mundo. “Yo soy rica, yo me he enriquecido, a mi no me falta nada; y no sabes que eres desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres el oro purificado. Yo al que amo, reprendo y castigo; ten, pues, celo y arrepiéntete” (Apoc. 3: 17 – 19).

“El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias” (Apoc. 3: 22).

Según los siete mensajes, lo mejor que puede ocurrir a un grupo de personas que se organiza para venerar a Dios, es la pobreza, la lucha y la oportunidad para demostrar su fidelidad frente a la persecución. Lo peor que les puede pasar es la adquisición de riquezas y poder y la autosatisfacción que resulta. Sin embargo, cualquier grupo organizado termina por querer riquezas y poder, y es por esto que la séptima y última iglesia, está condenada tan fuertemente. Ha logrado su propósito y no le falta nada; y es su propósito, falso lo que ha logrado.

El segundo punto a notar es que es **al individuo** y no al grupo, al que es prometida la salvación. La lucha relatada en el Apocalipsis NO es colectiva, sino *individual*.

La victoria es aquella lograda por Jesús. “Al vencedor le daré asiento en el trono”. *La victoria consiste en vencer lo que Jesús nombró el diablo, y Juan el dragón – el espíritu de engaño que niega la totalidad de Dios (allness)*. Consiste en descubrir la relación con Dios que Juan llamó: la Nueva Jerusalén – la conciencia de unidad con el Padre.

Las siete visiones que constituyen la parte principal del Apocalipsis contienen una descripción detallada de esta lucha y el logro de esta victoria. Las visiones están en orden cronológico. Cada una constituye otra etapa en el desenvolvimiento de la lucha que sigue hasta que se logra la última victoria en la séptima visión. El individuo ha encontrado para sí mismo la ciudad del Señor, “y no saldrá más” (Apoc. 3: 12).

Las Siete Visiones

La Primera Visión

El Apocalipsis es el relato de la lucha entre la luz y la oscuridad, entre el conocimiento de Dios y la ignorancia respecto a Él. Y lógicamente, empieza al principio cuando fue descubierta por vez primera la verdad acerca de Dios. Tal descubrimiento fue hecho por Jesús. Los logros de hombres como Moisés y Elías fueron de suma importancia, pero *fue Jesús el primero que descubrió: un Dios perfecto y una creación perfecta. “Dios es luz y en Él no hay tinieblas”* (I Juan 1: 5).

La primera visión es una presentación en una serie de imágenes de la realidad de este descubrimiento, porque el individuo tiene que darse cuenta que Jesús descubrió la verdad acerca de Dios, como el primer peldaño en su propia lucha contra las tinieblas - las tinieblas de la ignorancia acerca de Dios.

Los símbolos de tal descubrimiento están tomados del primer capítulo de Ezequiel – los cuatro animales con alas, el trono colorado, el mar de vidrio, y los truenos, que se combinan para significar lo que Ezequiel mismo dijo que significaban: “la imagen de la gloria de Yavé” (Ez. 1: 28).

En la mano derecha del ser sentado en el trono hay un libro sellado con siete sellos y no hay “nadie digno de abrir el libro y leerlo” (Apoc. 5: 4). El Revelador está conmovido de tristeza y le dicen: “Deja de llorar. He aquí que ha vencido el León de la tribu de Judá, el vástago de David, de suerte que él abrirá el libro y sus siete sellos” (Apoc. 5: 5). Esta descripción de Jesús hace hincapié en un aspecto de él que parecía importante a Juan: su descendencia por el linaje de David y los otros profetas que tanto quisieron a Dios. Un segundo aspecto de Jesús está descrito en el versículo siguiente:

“Vi entonces en medio del trono, un Cordero en pie, como degollado. Tenía siete cuernos y siete ojos” (Apoc. 5: 4) – esto hace referencia a la crucifixión y aquí el Revelador está tomando prestado su símbolo del rito judío. En los cultos en el templo se ofrecía un cordero sin mancha como sacrificio en el día anual de Expiación (Atonement). Jesús aceptó su prueba de la crucifixión para probar literalmente su unidad (At – one – ment = en una sola Mente) con el Padre.

El hecho de que el Cordero está de pie en el trono, se refiere a la declaración sobre la cual Jesús basó su vida: “El Padre y yo somos uno” (Juan 10: 30). El hecho de que el Cordero tiene siete cuernos se refiere a un sinónimo literal y actual de fortaleza, que tiene su origen en los cuernos del buey que le hizo tan poderoso – “siete cuernos” quiere decir fortaleza perfecta, y “siete ojos” visión perfecta.

Este ser “se acerca y toma el libro de la derecha del que estaba sentado en el trono” (Apoc. 5: 7) y hay un grito de regocijo. “Tú has hecho para nuestro Dios un reino de sacerdotes, reinando sobre la tierra”. Es la convicción inmediata del individuo, una vez que haya entendido lo que Jesús descubrió: *que él mismo*

va a tener poder sobre el mal y a ejercer la misma autoridad que Jesús: "Reinamos".

La Segunda Visión

Esta visión relata lo que pasa cuando se abren los siete sellos del libro. Se abren los primeros cuatro sellos y se ven: cuatro caballos: blanco, rojo, negro y gris. Estos caballos coloridos tienen su origen en el sexto capítulo del libro de Zacarías.

En la mayoría de las interpretaciones del Apocalipsis estos cuatro caballos están nombrados: pestilencia, guerra, escasez y muerte. El texto apoya las tres últimas interpretaciones pero no hay nada que indique que el primer caballo represente pestilencia. Los símbolos utilizados aquí son símbolos de victoria. "Vi aparecer un caballo blanco. El jinete tenía un arco: se le dio una corona y salió como vencedor y para vencer" (Apoc. 6: 2).

El jinete del caballo blanco, símbolo de la victoria, es el resultado natural del final de la visión anterior. "Reinamos". El individuo ha aceptado la veracidad del descubrimiento de Jesús acerca de Dios, y por consiguiente presupone que su propia victoria sobre cualquier cosa fuera de Dios debe seguir inmediatamente.

La victoria no sigue porque este sentido de victoria no ha sido puesto a prueba ni probado. La veracidad del descubrimiento de Jesús ha sido aceptada en teoría, no como hecho indudable. Y como consecuencia, siguiendo de cerca al primer jinete, la *suposición* fácil de la victoria sobre el mal, viene en varias formas de mal, todas claramente para vencerse.

Al abrir el segundo sello viene la guerra sobre "otro caballo rojo; a su jinete le fue dado el poder de quitar la paz de la tierra, de hacer que se degollasen los hombres" (Apoc. 6: 4). Al abrir el tercer sello llega una voz hablando de la escasez de trigo. Al abrir el cuarto sello llega un caballo pajizo "cuyo jinete se llamaba muerte" (Apoc. 6: 8).

Estos tres jinetes – la muerte por violencia, la muerte por escasez y la muerte misma - simbolizan el peso del mundo visible que continuamente contradice al descubrimiento de Jesús de una creación perfecta. Por su presencia declaran que no es posible que el mundo haya sido hecho a la imagen y semejanza de Dios. Proclaman que la base del mundo no es la vida, sino la muerte, y que todas las cosas vivientes nacen para morir; que es imposible que Dios sea Vida; ellos mismos tienen poder total sobre la vida y la muerte, y que la muerte reina.

Se abre el quinto sello y un gran grito se oye protestando contra el poder y la permanencia de la muerte. ¿Cuánto tiempo podrán los jinetes "matar con la espada, con el hambre, con la peste y con las fieras de la tierra (muerte)? (Apoc. 6: 8) ¿Hasta cuándo?" (Apoc. 6: 10) Este grito proviene de "las almas de los que habían sido degollados a causa de la palabra de Dios y, por el testimonio que habían dado" (Apoc. 6: 9).

Estas almas debajo del altar que han sido "degolladas" por haberse adherido a la verdad, corresponden a los "santos" que aparecen en otra parte del Apocalipsis. Ambos simbolizan el aspecto más alto del empeño humano y representan el logro más algo y más santo del cual la mente humana es capaz.

En este momento del desenvolvimiento de la lucha, **el aspecto más alto del esfuerzo humano ha reconocido que Jesús ha probado que la muerte no tiene poder contra el entendimiento correcto de Dios.** Se esperaba que una victoria sobre la muerte seguiría este reconocimiento. Sin embargo, es una

conciencia más aguda de la muerte lo que ha surgido, una conciencia de las múltiples maneras en las cuales parece que la muerte tiene poder para negar el hecho que Dios es Vida.

Como respuesta al grito “¿Hasta cuándo?” las almas debajo del altar están informadas que “tuvieran paciencia aún por un poco tiempo, hasta que se completase el número de sus compañeros de servicio y de sus hermanos, que debían ser matados como ellos” (Apoc. 6: 11). No hay cumplimiento hasta que todos han sido, como ellos, “degollados a causa de la palabra de Dios” (Apoc. 6: 9).

La pregunta: ¿Por qué el esfuerzo humano tiene que ser “degollado” antes que Dios pueda ser reconocido como Todo?, es una que puede contestarse en teoría en cualquier momento: *cada esfuerzo por regresar a Dios implica un estado de separación de Dios, y por consiguiente se basa en una creencia en el descubrimiento de Jesús en vez de un entendimiento completo.* Pero la sexta visión contiene la respuesta práctica. En ella se vence al enemigo final, la creencia en la separación de Dios, y tal vencimiento es solamente posible debido a las visiones anteriores. En la segunda visión, el enemigo final aún no ha sido descubierto, y está bien lejos de ser vencido. La segunda visión sigue con la apertura del sexto sello que anuncia un “terremoto violento” (Apoc. 6: 12).

El símbolo del terremoto aparece varias veces en el Apocalipsis y siempre indica una sacudida y una derrota de creencias previas. En este caso lo que se destruye es la creencia en la estabilidad y la permanencia de la ley física.

Para aclararlo, Juan escoge una serie de símbolos que representan la luz, la regularidad y el orden, y después del terremoto les quita estas cualidades. El sol, símbolo de luz incesante, se oscurece como un saco de crin. Las estrellas, símbolo de una estabilidad firme, son removidas de su sitio. Y los reyes de la tierra, símbolo de autoridad indiscutible, se esconden en las rocas.

Dicho en otras palabras, el terremoto simboliza el descubrimiento que *no se puede confiar en nada en este mundo. No hay seguridad en las cosas terrenales. Es sólo el “Espíritu el que da vida”!*

Esta seguridad que tan sólo puede encontrarse en Dios, está representada por el Revelador como “un ángel que subía del Oriente”, como el amanecer (Apoc. 7: 2). El ángel tiene en la mano “el sello del Dios viviente” y órdenes de que la lucha a venir no empezaría hasta que todos los servidores de Dios hayan sido sellados en la frente”.

El sello es un signo aceptado del Antiguo Testamento de posesión y protección. Su uso aquí es para establecer el hecho de que *el servidor de Dios, el Hombre que ha emprendido la larga lucha para encontrar a Dios, pertenece a Dios. Por difícil que parezca la lucha a venir, no hay nada en ella que pueda dañar al servidor de Dios mientras ése se acuerde de su identidad.*

Según el Revelador son las 12 tribus de Israel, las que están selladas de esta manera. “Israel” quiere decir “luchador con Dios” en el hebreo original. Era el título de honor dado a Jacob (Gen. 32: 28) porque él luchó toda la noche con lo que se le apareció y se negó a soltarlo hasta que hubo descubierto su verdadero nombre (o sea, naturaleza). El descendiente de Israel es cualquiera que hace lo que hizo Jacob.

Se escogen 12,000 de cada una de las 12 tribus, o descendientes de Israel; un doble énfasis en el número 12. Los Hebreos utilizaban el número 7 para simbolizar la *totalidad* (la perfección = completeness), pero podía ser cualquier tipo de perfección, buena o mal (humana). Por ejemplo son siete los cuernos del Cordero, y también siete las cabezas de la bestia; mientras que el número 12 era

el símbolo de perfección santa. Por consiguiente, el símbolo de los 12,000 tomados de las 12 tribus de significa unidad, con el cual Jacob recibió el título de Israel, *el espíritu que está dispuesto a declarar a todo lo que viene como resultado: “No te soltaré si antes no me bendices”* (Gen. 32: 27).

El Revelador describe “una gran multitud, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua” (Apoc. 7: 9). Todos estaban vestidos de vestiduras blancas y estaban de pie delante del trono de Dios porque “le sirven día y noche en su templo” (Apoc. 7: 15).

Esto es el resultado directo de sellar a Israel que acaba de pasar. *Una vez que el individuo recibe el título de Israel por redimir lo que le llega como conciencia, él aprende que todo lo que le viene como conciencia – (“naciones, y pueblos y lenguas”) – proclaman la gloria de Dios.*

Al tomar conciencia de este hecho, se rompe el séptimo sello. Una gran paz desciende. **No hay nada más que reconocer que Dios es todo y darle la gloria.**

Los siete sellos han sido abiertos. Dios se ha revelado como la única autoridad, la única protección y la única realidad. Hay un silencio en los cielos, y las oraciones de los santos se mezclan con el incensarios de alabanza “sobre el altar de oro colocado delante del trono” (Apoc. 8: 3).

La Tercera Visión

Este silencio santo de alabanza, y la conciencia de Dios, dura según el Revelador, “como de media hora” (Apoc. 8: 1). Es decir, dura muy poco tiempo.

La quietud mental no constituye la victoria. La Verdad reconocida no es la verdad puesta a prueba y probada. El reino de los cielos enseñado por Jesús no es una certeza pasajera de que Dios es Todo, sino que es, *una convicción probada de que este hecho es permanente. “Porque el Reino de Dios no consiste en palabrería, sino en virtud (poder)”* (I Cor 4: 20).

Se logra este poder a través de la lucha y no de la paz, y es precisamente de esta lucha, que tratan las siguientes visiones del Apocalipsis.

Una vez empezada la lucha, no hay tregua. La destrucción de la ignorancia acerca de Dios (que es la única cosa que puede destruirse), debe crecer cada vez más hasta que no quede nada por destruirse – hasta que el conocimiento total y perfecto de Dios, que Jesús llamaba “el reino de los cielos”, sea todo cuanto quede.

Es en la tercera visión del Apocalipsis que la lucha realmente comienza. No obstante, era la revelación de la verdad relatada en las primeras 2 visiones lo que precipitó el conflicto. O para utilizar el simbolismo de Juan, “es el fuego del altar de Dios lo que causa el gran terremoto que ahora sacude la tierra” (Apoc. 8: 5).

El símbolo de la lucha son las 7 trompetas. No hay nada fácil ni cómodo en los eventos que las trompetas anuncian. Como Jesús puso de relieve a lo largo de su ministerio, encontrar el reino de los cielos no es una experiencia tranquila. “Es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y son pocos los que la encuentran” (Mat. 7: 14). “No penséis que vine a traer paz, sino espada” (Mat. 10: 34).

El Revelador subraya la intensidad de esta lucha en los símbolos que utiliza para describir lo que resulta al tocar las primeras 4 trompetas. Cuando toca la primera, *una tercera parte* de los árboles y de la hierba verde son quemadas. Cuando toca la segunda, *una tercera parte* de los seres vivientes del mar son destruidos cuando el mar se convierte en sangre. Al tocar la tercera, una tercera

parte de los ríos y de las fuentes es envenenada por una estrella llamada Ajenjo. Al tocar la cuarta trompeta, *una tercera parte* del sol, de la luna y de las estrellas pierde su esplendor.

Hay tres cosas en qué fijarse en esta descripción:

PRIMERO, el Revelador hace resaltar que siempre es "una tercera parte" lo que resulta afectado. El terror nunca es *completo*; es decir, **el individuo nunca es totalmente vencido**.

SEGUNDO, los que tocan las trompetas son "ángeles que están en pie delante de Dios" (Apoc. 8: 2). Recordemos que *el propósito de la lucha es: la destrucción de la ignorancia acerca de Dios*. Por más espantoso y fútil que parezca la lucha al individuo en algunas de sus primeras etapas, esa es la manera de aprender. *No es el individuo quien es destruido, sino la ignorancia*. Por lo tanto, visto que la destrucción de la ignorancia es el resultado de la lucha, el poder que lo provoca no es el mal, son los 7 ángeles los que tocan las 7 trompetas.

TERCERO, tenemos que fijarnos en la identidad especial de los ángeles que tocan las primeras 4 trompetas. Estos son los 4 ángeles que fueron restringidos de la segunda visión, hasta que los servidores de Dios, los descendientes de Israel, pudieran ser sellados sobre sus frentes. El ángel que les selló "gritó con gran voz a los 4 ángeles a los que se les había dado el poder de dañar la tierra y el mar: No toquéis la tierra, ni el mar, ni los árboles, *hasta que* hayamos sellado en la frente a los servidores de nuestro Dios" (Apoc. 7: 2 – 3). **La lucha no empieza sino hasta que el servidor de Dios sabe lo suficiente como para protegerse de ella; para no ser vencido.**

El mismo punto se resalta aún más claramente al tocar la quinta trompeta. Esto causa un gran enjambre que nos hace recordar las langostas del libro de Joel, pero aún más espantosas. Son *símbolos del mal mental*: "Se les ordenó no dañar ni la hierba de la tierra, ni ninguna verdura, ni ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen la señal de Dios en la frente" (Apoc. 9: 4).

Cuando toca la sexta trompeta surge otra forma de destrucción: un gran ejército de caballería que mata con fuego y humo y azufre a los hombres de la tierra que "adoran a los demonios y a los ídolos" (Apoc. 9: 20). Estos hombres no son seres humanos individuales. *Son símbolos del impulso de la mente humana hacia la idolatría, hacia el deseo de rendir honor y autoridad a un poder que no sea el poder de Dios*. Una tercera parte de estos hombres son matados por los jinetes. *El terror representado por los jinetes mata en el individuo por lo menos una parte de su amor a la idolatría y lo obliga a concentrarse en el hecho de que Dios es Todo*.

La séptima trompeta todavía no toca. En su lugar un ángel poderoso aparece para explicar lo que pasaría al tocar la séptima trompeta. "El ángel que había visto en pie sobre el mar y sobre la tierra, alzó la mano derecha hacia el cielo y juró por Aquél que vive por los siglos de los siglos – el que ha creado el cielo y lo que hay en él, la tierra y todo lo que contiene, el mar y todo lo que hay en él, - que no habrá ya más dilación de tiempo, sino que en los días en que se hará oír el último ángel, cuando toque la trompeta, el misterio de Dios será cumplido, según la buena nueva, que ha dado a sus servidores los profetas" (Apoc. 10: 5 – 7).

Juan describe el ángel que tiene los pies sobre la tierra y el mar con los mismos símbolos que utiliza normalmente para la iluminación (entendimiento) espiritual: el sol y el fuego. Sobre su cabeza hay un arco iris: una referencia al uso del arco iris en Génesis como señal de la alianza entre Dios y el hombre.

“Esta será la señal de la alianza entre mi y la tierra... cuando cubriere de nubes la tierra aparecerá un arco iris y entonces me acordaré de Mi alianza con vosotros y con todos los hombres” (Gen. 9: 12 – 14). Como el arco iris en el Génesis, el ángel de Juan está “envuelto en una nube” (Apoc. 10: 1), un ejemplo de la precisión con la cual Juan pudo adaptar los símbolos del Antiguo Testamento para su propio uso. La luz proviene de la tormenta, y permanece después que ha pasado la tormenta.

La mano derecha del ángel tiene un “librito” abierto. Este símbolo está tomado del tercer capítulo de Ezequiel: “es amargo al vientre, pero dulce como la miel a la boca”.

Un libro es un relato o un testimonio, y es un hecho de que el librito que se encuentra en la mano del ángel quiere decir que es: *el símbolo del testimonio de la verdad acerca de Dios*. Esta descripción no es de la Biblia, que no es tanto el relato de la verdad acerca de Dios, sino el relato de la manera en que la verdad fue encontrada. Aún el cuarto Evangelio (de Juan), que es el único que da un relato claro de lo que Jesús enseñó, no explica el principio sobre el cual se basaron sus enseñanzas. La primera explicación de este tipo es aquella dada en el capítulo intitulado “Recapitulación” en Ciencia y Salud con Clave de las Escrituras, por Mary Baker Eddy.

El librito en la mano del ángel **no** tiene nada que ver con la fecha en que la Sra. Eddy escribió su capítulo. *El Apocalipsis no se trata de eventos físicos ni históricos. Lo que se describe aquí es un momento; es el resultado directo de la lucha previa; el momento en el cual el contenido del capítulo de C & S viene a ser “un librito abierto” y es entendido como una declaración exacta de un hecho, y no como un sistema de curación ni un credo cómodo.*

El individuo encuentra que es maravilloso aceptar la proposición general que Dios es Todo. Pero encuentra *menos fácil aceptar la responsabilidad que implica y exige tal acuerdo, y estar dispuesto a mantener la Verdad cuando el mundo entero se eleva a llamarlo: mentira!*

El ministerio de Jesús era su capacidad de probar lo que decía, y se espera que sus seguidores hagan lo mismo. “En verdad os digo que el que en mi cree, las obras que yo hago, él las hará también, y aún mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14:12). Esta capacidad para probar la Verdad es el sujeto de la próxima imagen del Revelador, y hasta que ocurre, la séptima trompeta no puede tocar.

Juan empieza su imagen con un símbolo tomado del último capítulo de Ezequiel – “El Señor está allí” (EZE. 48: 35). Es el templo que asegura la presencia de Dios en la ciudad.

Lo que asegura la presencia de Dios es el hecho de que Dios es Todo, y es en este sentido que el Revelador utiliza el templo de Ezequiel y describe las medidas del “templo de Dios” (Apoc. 11: 1). El templo es el hecho de que Dios es Todo, y el acto de medir es la conciencia de este hecho. Pero el atrio exterior no puede medirse ya que “ha sido dado a los gentiles” (Apoc. 11: 2).

Estos “gentiles” no representan ningún grupo de hombres – *representan la falta de creencia, la inhabilidad de creer que Dios es Todo, cuando la evidencia del mundo visible entero es obviamente lo contrario.*

La falta, esta errónea creencia, es destruida por el poder de la Verdad; y este poder que tiene la Verdad, el poder de probarse en una manera visible en el mundo, está simbolizado por lo que Juan llama “los 2 testigos”. Los 2 testigos se derivan del libro de Zacarías, y Juan está citando este libro cuando dice que los 2 testigos “son los dos olivos y los dos candelabros puestos delante del Señor de

la tierra” (Apoc. 11: 4). Los 2 testigos están de pie delante “del Señor de la tierra”, y no de los cielos, porque se preocupan tan sólo del poder de la verdad para manifestarse en la tierra, o sea: de manera visible.

Es bueno fijarse cómo Zacarías originalmente caracterizó a los 2 testigos. Él preguntó quiénes eran y recibió la contestación: “No por medio del ejército ni por la fuerza, no por mi Espíritu; palabra del Señor” (Zac. 4: 6). *Es al poder del Espíritu al que Juan se refiere en su imagen de los 2 testigos; el poder al que Jesús llamó: “el espíritu de la Verdad”* (Juan 14: 17).

El Revelador sigue su retrato de los dos testigos con vínculos con los dos más grandes profetas del Antiguo Testamento. Dice que ellos “tienen el poder de cerrar al cielo para que no llueva durante los días de su predicación; tienen así mismo poder sobre las aguas para cambiarlas en sangre” (Apoc. 11: 6). Fue Elías el que tenía el poder para prevenir las lluvias (I Reyes 17: 1) y fue Moisés el que cambió el agua en sangre (Ex. 7. 19).

Juan hace referencia a *las cualidades que hicieron que estos últimos fueran grandes profetas, no a los hombres mismos*. Moisés y Elías fueron 2 profetas precursores de Jesús que podían probar **con hechos** lo que predicaban. Los 2 testigos también tienen esta misma capacidad para probar en una manera visible. Atestiguan que la verdad, porque es la Verdad, puede probarse - que el Dios en los cielos, también es “Dios en la tierra” (Apoc. 11: 4).

El poder tremendo de la ley material se opone a este testimonio de la autoridad del espíritu de la Verdad. El símbolo de la ley material es una “bestia” que surge de un abismo para hacer guerra contra los 2 testigos y los mata.

“Cuando hayan acabado de dar testimonio, la bestia que sube del abismo le hará la guerra; los vencerá y los matará. Su cadáver yacerá en la plaza de la Gran Ciudad que simbólicamente (espiritualmente, en la versión inglesa) se llama Sodoma y Egipto (donde también se ha crucificado a su Señor)” (Apoc. 11: 7 – 8).

La palabra “ciudad” aparece en tres maneras diferentes en el Apocalipsis, y cada vez describe otro tipo de estado mental. Aquí se describe el estado de mente del individuo que tiene tendencia a creer todo lo que ve. Es la costumbre de juzgar por las apariencias (Juan 7: 24). Fue en esta “ciudad” que crucificaron a Jesús. Él dijo muchísimas veces a sus discípulos que no iba a morir sino a probar la existencia de la Vida. Sin embargo, según las apariencias, sí murió y quedaba claro a los que creían en el testimonio de sus propios ojos, que el hombre que había negado la autoridad de la ley material, había sido finalmente vencido por ella.

En esta misma “ciudad”, los 2 testigos ‘parecen’ haber sido vencidos por la bestia. Los que viven en “la tierra” están felices porque los testigos les han atormentado insistiendo en una autoridad que no es visible.

“Los habitantes de la tierra se alegrarán de esto y harán fiesta de tal modo que se intercambiarán regalos, porque estos 2 profetas eran su tormento” (Apoc. 11: 10). Los habitantes de la ciudad, “espiritualmente llamada Sodoma y Egipto”, están muy a gusto en su aceptación ciega del testimonio material y no quieren que les estorben.

La muerte de los 2 testigos dura “3 días y medio” (Apoc. 11: 11). Podemos haber esperado que Juan hubiera utilizado el número 3, el número de la resurrección. Pero por alguna razón “3 y medio” quería decir para los escritores del Nuevo Testamento un período de prueba. Tanto Lucas como Santiago dan esta cifra como la duración de la escasez de Elías (Luc. 4: 25; San. 5: 17) aunque no hay nada parecido en el Antiguo Testamento.

Tras un período de prueba se establece con triunfo la autoridad de los 2 testigos. “Pero después de 3 días y medio un soplo de vida, que venía de Dios, entró en ellos; y ellos se pusieron de pie y un gran temor invadió a los que los estaban mirando” (Apoc. 11: 11). Es lo mismo que pasa con la crucifixión de Jesús. *La fuerza entera de la ley material no ha logrado nada más que dar a los testigos la posibilidad de probar la realidad de su mensaje. La aparente victoria de la bestia sólo sirve al final para dar testimonio del “espíritu de la vida en Dios”.*

Un gran cambio ocurre en la ciudad con la resurrección de los 2 testigos. Sigue siendo la misma ciudad, todavía convencida por el testimonio de sus propios ojos. Pero ahora los ojos dan testimonio de la vida en vez de la muerte; del poder del Espíritu en vez del poder de la bestia. *Cualquier cosa que no está dispuesta a reconocer el poder del Espíritu, es destruida en la ciudad* bajo el simbolismo de un terremoto que destruye 7 mil hombres, y el resto “dieron gloria al Dios del cielo” (Apoc. 11: 13).

Por fin puede tocarse la séptima trompeta, esta trompeta tan retrasada que acabará con el “misterio de Dios” (Apoc. 10: 7). A través de los 2 testigos se ha mostrado que las palabras del librito abierto, expresan NO una teoría; expresan un hecho. **El poder del espíritu de la Verdad es literalmente el único poder que hay, y nada puede oponérsele.** Lo que es reconocido “en el cielo” puede ser probado “en la tierra”. Esto es el hecho proclamado por todo el cielo una vez que la séptima trompeta ha sido tocada.

“El imperio del mundo ha pasado a nuestro Señor y a Su Cristo; Él reinará por los siglos de los siglos” (Apoc. 11: 15). Dios y el entendimiento de Dios tienen la soberanía *total* sobre la tierra entera.

“Nosotros te damos gracias Señor Dios Omnipotente, El que es, El que era, porque has tomado posesión de Tu gran poder y has entrado en Tu reino” (Apoc. 11: 17).

Juan termina la visión con un fórmula tomada de los Apocalipsis. “Los pueblos se habían encolerizado, pero ha llegado Tu ira y el momento de juzgar a los muertos, y de dar la recompensa a Tus servidores y profetas, a los santos y a los que temen Tu nombre, pequeños y grandes; y de exterminar a los que destruían la tierra” (Apoc. 11: 18).

Esta era la fórmula utilizada como señal del final del mundo - aquí Juan lo utiliza para simbolizar: *el fin de la vieja manera de ver al mundo*. La tierra ya no es lo que era. Ha sido reconocida como: *la manifestación de la presencia y de la gloria de Dios*. “Has tomado posesión de Tu gran poder y has entrado en Tu poder” (Apoc. 11: 17).

La Cuarta Visión

La cuarta visión es el resultado directo de la tercera. Relata lo que pasa una vez que se ha aceptado como hecho y ya no como teoría absoluta el descubrimiento de que Dios es: Todo.

Acordamos que el Apocalipsis es el relato de la lucha entre la luz y las tinieblas, el espíritu de la Verdad y el espíritu del engaño. El espíritu de la Verdad ha sido descubierto ya. Ahora es necesario revelar (uncover=des-cubrir) el espíritu del engaño, la ignorancia acerca de Dios que Jesús nombró “mentiroso y padre de mentira” (Juan 8: 44) y que Juan llama “el gran dragón... seductor del mundo entero” (Apoc. 12: 9).

El descubrimiento de este dragón es debido al nacimiento del entendimiento bajo el símbolo de una mujer que da a luz a un varón. Podemos encontrar la

misma imagen en el Antiguo Testamento – en el libro de Isaías. Al describir a la mujer, Juan utiliza los símbolos de la iluminación espiritual. Está “revestida de sol; con la luna bajo sus pies, y una corona de 12 estrellas sobre la cabeza” (Apoc. 12: 1). A sus pies espera el dragón para devorar al hijo – *el destructor de la tierra tiene que ser destruido antes de que el reino de los cielos pueda ser manifestado*. El dragón tiene su origen en el Génesis con la serpiente que habla. El dragón espera devorar al hijo tan pronto como nazca porque si el hijo logra tener soberanía sobre la tierra, el reino del dragón será aniquilado.

“El dragón se puso delante de la mujer en trance de dar a luz para devorar al hijo tan pronto como le diera a luz. Ella dio a luz un hijo varón, el que debía apacentar a todas las naciones con una vara de hierro. El hijo fue arrebatado hacia Dios y hacia Su trono” (Apoc. 12: 4- 5). **El niño representa el entendimiento de Dios y tiene la protección inmediata contra toda mentira por el hecho de su propia identidad.**

Después una gran guerra estalla en “el cielo” – en el lugar donde se ha entronizado el entendimiento de Dios. “Entonces hubo una batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón. El dragón y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo” (Apoc. 12: 7 – 8).

Una vez que el dragón ha sido expulsado del cielo, no puede regresar. *Allí donde está entronizado el niño varón, el entendimiento de Dios, el espíritu de engaño ha perdido su lugar y su autoridad, y nunca podrá reposeerla.*

Hasta ahora las declaraciones del dragón han sido tomadas como la verdad, pero en adelante, *con el nacimiento del entendimiento, el dragón es reconocido como: mentiroso!*

Juan dice que el dragón es “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el seductor del mundo entero” (Apoc. 12: 9). También le llama “el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante Dios de día y de noche” (Apoc. 12: 10). Esto es lo mismo que dijo Jesús (Juan 8: 44).

La expulsión del dragón, de los cielos, simboliza el momento en la lucha cuando por vez primera se ve al dragón como realmente es: seductor, embustero, engañoso, mentiroso. Antes se había venerado al dragón como la realidad. Sus acusaciones contra los hijos del Dios viviente habían sido recibidas como la verdad y se había aceptado que el mundo estaba compuesto de hombres que terminan por morirse (a poco?). *Ahora, por vez primera, el individuo se da cuenta de que la causa de la muerte es: el dragón – la ignorancia acerca de Dios – el asesino “que era homicida desde el principio” (Juan 8: 44)*

Este descubrimiento viene al tocar la séptima trompeta. Esto simboliza el darse cuenta que “los reinos de la tierra” son reinos de Dios y que la soberanía es sólo de Él. La tierra no es algo que debe ser venerado, cambiado o destruido para que se manifieste el reino de Dios; *la manifestación santa de Su presencia, el reino de Dios, ya es la tierra.* Es sólo el seductor que hace que no parezca así.

Es este seductor mantiene que el mundo está constituido de millones de mentes desorientadas, encerradas en cuerpos de barro que mueren. Él acusa a los hijos del Dios viviente “día y noche” y hasta ahora ha tenido éxito. Sin embargo ya no tiene éxito. Una vez que nace el entendimiento de Dios y se dan cuenta que el mundo está hecho a Su imagen y semejanza, el dragón ya no puede mantenerse como la realidad.

El primer peldaño en la batalla contra el dragón es esta victoria “en los cielos”, y la victoria le quita al dragón su pretensión de decir la verdad y lo

marca con el nombre de: seductor. La victoria en el cielo **no** destruye al dragón, sino que le quita la base de su autoridad. Nunca más sería venerado como: la realidad.

La segunda etapa es la lucha contra el dragón en “la tierra”, y dura mucho más tiempo. *Una cosa es entender un hecho intelectual o emocionalmente, y otra cosa muy diferente es reconocerlo en la práctica como toda la realidad.* No obstante, una vez que la primera lucha ha sido ganada, la segunda es inevitable. “Ahora ha llegado la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios y la soberanía de Su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba de día y de noche ante nuestro Dios” (Apoc. 12: 12)

Ya se ha presentado la bestia, símbolo de la ley material, cuando trató de destruir a los 2 testigos. Pero ahora se ha cambiado la posición de la bestial. Con el nacimiento del entendimiento quedó claro que la bestia no tiene autoridad propia – su autoridad proviene del dragón, el padre de mentiras. La bestia no posee nada de sí misma. “El dragón le dio su poder y su trono de gran imperio” (Apoc. 13: 2). Es decir que la *ley material* adquiere su poder a través de la *ignorancia acerca de Dios*. Siempre era el dragón el que había dado poder a la bestia, pero en la tercera visión la identidad de la bestia todavía no estaba entendida. Sólo fue cuando hubo guerra en el cielo que fue entendido que: *la ley material deriva todo su poder de una mentira (ignorancia acerca de Dios).*

Juan describe la bestia en una serie de imágenes tomadas del libro de Daniel y escogió estos símbolos para subrayar el poder enorme que la bestia ha podido adquirir por la actividad del seductor. La bestia tiene los pies de un oso y la boca de un león. Al igual que el dragón tiene 7 cabezas y está armado de 10 cuernos y “sobre sus cabezas, el nombre blasfemia” (Apoc. 13: 1).

La bestia suscita mucho respeto sobre la tierra. “Toda la tierra, maravillada, seguía a la bestia. Adoraron al dragón, porque había dado su poder a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ‘¿Quién es semejante a la bestia y quién podrá combatir contra ella?’” (Apoc. 13: 3 – 4).

¿Qué puede compararse con el poder de la ley material que puede quitar la abundancia por falta de pan; la salud por la alteración del tejido; o la vida por una bala? ¿Quién puede oponerse al hecho que todos los hombres nacen con las semillas de la muerte adentro, creados del polvo y que retornan al polvo? ¿Quién puede desafiar a la bestia y su negación total que Dios es Vida; esta bestia que sin cesar “abrió su boca para blasfemar contra Dios, blasfemar Su nombre y Su morada y a los que habitan en el cielo?” (Apoc. 13: 6).

El aspecto más alto del esfuerzo humano es impotente contra el poder arraigado de la ley material. “Y le fue dado hacer la guerra a los santos y vencerlos” (Apoc. 13. 7). *Tan solo hay una manera de luchar con éxito contra la bestia y esto consiste en luchar contra el dragón, o sea: **negarse a ser engañado!!*** La bestia es un mero delegado. Deriva su poder del dragón, la ignorancia acerca de Dios, y este poder funciona hipnóticamente para *convencer* a sus adoradores de la realidad de lo que es realmente una mentira. Es el seductor el que ha dado a la bestia “su gran imperio” (Apoc. 13: 2), y es el seductor el que debe ser atacado y vencido. *El luchar efecto contra efecto, no tiene sentido.* “El que mata a espada, a espada morirá” (Apoc. 13: 10). La espada es el arma (defensa) de la bestia, y no puede destruirse, si la misma arma está utilizada contra ella.

El dragón tiene a su disposición un segundo delegado que también funciona sobre la tierra – “el falso profeta” (Apoc. 16: 13). Tiene “cuernos como los de un cordero” (Apoc. 13: 11). El símbolo del cordero sólo es utilizado para

referirse a Jesús en otras partes del Apocalipsis, y los cuernos significan poder. Por lo tanto quiere decir que: el falso profeta es capaz de ejercer el mismo poder que Jesús. También “hace grandes prodigios, hasta hace descender fuego del cielo a la vista de los hombres” (Apoc. 13: 13). El hacer descender fuego del cielo era un signo seguro del Antiguo Testamento, de que el profeta venía de Dios. (I Rey. 18: 24)

El falso profeta tiene el poder para hacer “milagros”. Parece que puede ejercer el mismo poder que Elías y Jesús; el poder que levantó a los muertos y curó a los enfermos e hizo ver a los ciegos. Es también el poder que fue ejercido por los 2 testigos anteriormente en el Apocalipsis, pero este profeta no se parece en nada a los 2 testigos.

El falso profeta puede hacer curaciones y las hace en nombre de Dios. Sin embargo, su poder no está basado en un conocimiento de Dios. Está basado en la ignorancia acerca de Dios; el falso profeta es el delegado del dragón. Y Juan lo dejó dicho claramente. Aunque el profeta tiene los cuernos de un cordero, habla “como un dragón” (Apoc. 13: 11). Lucha por el dragón en la batalla de Armagedón (Apoc. 16: 13). “Con los prodigios que le han sido concedidos realizar en presencia de la bestia, seduce a los habitantes de la tierra” (Apoc. 13: 14)

El falso profeta representa: “la creencia que la mente humana puede controlar la ley material, la teoría de “la mente sobre la materia”. Representa la creencia de que la mente humana, si su fe es lo suficientemente grande, puede manipular la materia para sus propios fines. La autoridad del falso profeta se deriva del hecho de que puede producir resultados. Si la fe en ella es lo suficientemente grande, la curación mental puede hacer “milagros”.

Además, normalmente se acreditan tales milagros a Dios, porque el falso profeta tiene los cuernos de un cordero, y la curación mental trata de hacerse pasar como el delegado de Dios. “Te puedo curar, porque Dios es todo y tú estás bien, ya que Dios no crea ni pecado, ni enfermedad ni muerte”.

Tal declaración suena muy bien, y **si** la curación resulta, parecería claro que la curación “ha descendido del cielo” (Apoc. 13: 13). HACE FALTA UN “SERVIDOR DE DIOS” MUY ALERTA PARA RECONOCER QUE **NO** ES EL CONOCIMIENTO DE DIOS LO QUE FUNCIONA AQUÍ. Es la ignorancia acerca de Dios lo que funciona a través de un emisario que seduce a los habitantes de la tierra con los prodigios que le han sido concedidos. El servidor más alerta de Dios después de Jesús, reconoció claramente la calidad de este engaño (MBE).

“Yo (?) te puedo curar, porque Dios es todo, y tú estás bien, ya que Dios no crea ni pecado, ni enfermedad ni muerte”. Tales declaraciones resultan o en que los enfermos son curados por su fe en lo que tú les dices – que cura solo como curaría una droga, es decir, por creencia - o en ningún efecto. Si un curador por la fe logra conseguir (despertar) la creencia del paciente en su propia recuperación, el practicante habría hecho una curación por la fe que él erróneamente llama: Ciencia Cristiana!!

Extracto de un artículo intitulado

‘Principio y Práctica’ por Mary Baker Eddy,

publicado en la página 10 del Sentinel del 1º. Septiembre, 1917.

“Sería extremadamente difícil detectar al falso profeta ya que tiene el poder de un ‘cordero’ y puede hacer caer del cielo fuego y hacer milagros, si no fuera por una marca obvia de su identidad: El falso profeta siempre está

cooperando con la ley material, siempre es cuidadoso en venerar a la bestia”.

La autoridad del falso profeta reside en *la creencia* de que la mente puede dominar a la materia. Su único esfuerzo, entonces, es siempre: *cambiar la materia mala en materia buena* – cambiar la escasez por un buen saldo en el banco, y dolor por placer. Los prodigios que le han sido concedidos son “en presencia de la bestia (Apoc. 13: 14). Es decir, no ponen en tela de juicio a la autoridad fundamental de la bestia cuando “un soplo de vida que venía de Dios entró en ellos” y “se pusieron de pie” (Apoc. 11: 11). Éste sacudió a la fe del mundo en el poder de la bestia. Pero ahora “la llaga mortal ha sido curada. Toda la tierra, maravillada, seguía a la bestia” (Apoc. 13: 3). El falso profeta se pronuncia como un verdadero profeta y sin embargo predica veneración a la bestia, prometiendo a sus adoradores que pueden utilizar la verdad acerca de Dios para obtener ‘cualquier *cosa*’ *material* que quieran (?).

El falso profeta es lo suficientemente *sutil* como para ofrecer su tentación en nombre de Dios. “Está bien que tengas todas estas cosas, ya que Dios es todo”. Pero ya que Dios es Todo, es obvio que no hay “cosas” aparte de Él, ni para adquirir ni para gobernar; y pensar que sí existen, es hacer homenaje, por inconscientemente que sea, al diablo!! El falso profeta promete muchas “cosas”. Pero promete sobre todo, dado que puede manipular la materia, que puede garantizar la seguridad de cualquiera que crea en él. El Revelador simboliza esto en la marca que el falso profeta pone sobre la mano derecha o en la frente, a imitación del sello en la frente dado a los hijos de Israel. “Ninguno puede comprar o vender (es decir, vivir cómodamente en el mundo material), si no ha sido marcado con el nombre de la bestia o con el número de su nombre” (Apoc. 13: 17).

Sin embargo el delegado del dragón *no puede* cumplir con su propia promesa. El Revelador da el número de la bestia y queda inmediatamente claro que el sello es solo una imitación del verdadero, y que la protección que ofrece no es real. Para la marca de la bestia, el número de su nombre es: 666 (Apoc. 13: 18). Este es el número que 3 veces trata de llegar a 7 (símbolo de cualquier tipo de totalidad), y 3 veces no lo logra.

A fin de subrayar la fuerza total de este número, Juan lo compara en la frase siguiente, con el número de aquellos que tienen “escrito en las frentes Su nombre” (Apoc. 14: 1). El número de aquellos es 144,000. Doce es el número que simboliza la totalidad perfecta, y este número es 12 multiplicado por 12 mil veces.

Estos son los hijos de Israel que fueron sellados a lo largo de la segunda visión. “Estos siguen al Cordero a dondequiera que va” (Apoc. 14: 4), y por esta razón están protegidos con el nombre del padre. “*Son vírgenes*” (aquí un símbolo de pureza mental) y “en su boca no se ha encontrado mentira” (Apoc. 15: 5). Esto quiere decir que *no tienen nada que hacer* con el falso profeta que es un mentiroso, o con el dragón que es el padre de las mentiras.

*El espíritu de este múltiple de 12 simboliza la totalidad del espíritu que venera a Dios solamente – y que se niega a ser engañado por esta declaración del dragón y de sus 2 delegados, y que **está conciente que no hay poder aparte de Dios!*** Por lo tanto, *en realidad no hay lucha entre poderes opuestos*, ya que Dios es *Todo* y no hay nada que pueda oponerse a Él. *Sólo es necesario negarse a venerar el espíritu de engaño y honrar en su lugar al espíritu de la Verdad.* “Cantaban un cántico nuevo delante del trono, y ninguno podía

aprender el cántico, a excepción de los 144,000 rescatados de la tierra” (Apoc. 14: 3)

“El nuevo canto”, la convicción que la victoria ya ha sido ganada, está simbolizada por el Revelador como 3 ángeles volando “por en medio del cielo” (Apoc. 14:6) para anunciar que ya había ocurrido lo que todavía no había pasado.

El primer ángel poseía “un buena nueva, eterna, que anuncia a los habitantes de la tierra” (Apoc. 14: 6), proclamando que el día del juicio de Dios había llegado. El segundo ángel anuncia la caída de Babilonia; y el tercer ángel des – cubre la mentira de la pretensión del falso profeta que aquellos que adoran a la bestia serán protegidos. “No tienen reposo ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su estatua” (Apoc.14: 11).

Los que se han muerto a la manera material de ver las cosas ya no están obligados a luchar con la bestia. Saben que la bestia no tiene autoridad real y no le conceden ninguna. Además, pueden probar que no tiene autoridad real “porque sus obras les acompañan” (Apoc. 14: 13).

La Quinta Visión

La quinta visión relata la intensificación de la lucha, bajo el simbolismo de los “7 ángeles que tenían en las manos las 7 últimas plagas” (Apoc. 15: 1).

Estas 7 plagas tienen un solo propósito: destruir cualquier deseo de honrar a la bestia. Todas las plagas están dirigidas contra los hombres que tienen la marca de la bestia sobre ellos, para forzarles a “arrepentirse” o “cambiar sus opiniones”.

Para subrayar que *el propósito de las 7 plagas es la purificación*, y no la destrucción, el Revelador comienza su relato con 2 símbolos tomados de la cosecha.

Los 2 símbolos eran muy usuales en el Antiguo Testamento porque implicaban claramente que *los castigos eran “para sanar”* (Isa. 19: 22). Las cosechas no pueden ser recogidas *sin cortar* el trigo. No se puede hacer vino *sin exprimir* primero las uvas. Ambas actividades parecen tener el objeto de destruir, cuando realmente el objeto es cumplir. Estas 2 imágenes hacen hincapié en el verdadero propósito de las 7 plagas.

Un ángel echó su hoz sobre la tierra y la tierra quedó segada “porque la mies de la tierra está seca” (Apoc. 14: 15). Otro ser aparece en los cielos “teniendo en la mano una hoz afilada” (Apoc. 14: 17) y vendimió las uvas de la tierra para arrojar las uvas en la ira de Dios. El jugo de estas uvas no parece como vino sino como sangre. Porque “la cuba fue pisada fuera de la ciudad” (Apoc. 14: 20). Esta es la ciudad santa, la ciudad del reconocimiento de Dios. Aquellos que están “fuera de la ciudad” no se dan cuenta que nada se está destruyendo, excepto la ignorancia, y para ellos el hecho de prensar las uvas parece ser una acción que destruye y no una que cumple.

Después aparecen los 7 ángeles que tienen en las manos las 7 últimas plagas. Una vez más el Revelador subraya el hecho de *que estas 7 plagas no tocan a los que han logrado “la victoria sobre la bestia”* (Apoc. 15: 2). Los que se niegan a venerar a la bestia han aprendido “un nuevo canto, el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero” (Apoc. 15: 2). Han aprendido lo que Moisés descubrió cuando dio a Dios el nombre de YO SOY (Ex. 3: 14) y lo que Jesús quería decir cuando expresó: “Somos uno en Dios” (Juan 14: 20). En cualquier forma que les apareciera el mundo, habían aprendido a dar al mundo su verdadero nombre. “Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor, Dios Omnipotente... porque Tú sólo eres santo” (Apoc. 15: 3 – 4).

Las 7 plagas son para asegurar que solo el reconocimiento total de Dios es posible. Lo único que sufre debido a estas 7 plagas es la ignorancia acerca de Dios. Todo lo que queda destruido es la destrucción. Por consiguiente, en el simbolismo de Juan, son los ángeles quienes traen las plagas, cada uno vestido en blanco con oro. Una vez que las copas con las 7 plagas han sido dadas a los ángeles “el templo se llenó del humo que salía de la gloria de Dios y de Su poder; nadie podía entrar en el templo hasta la consumación de las 7 plagas de los 7 ángeles” (Apoc. 15: 8).

Ya no puede existir la paz del compromiso aparente. Ya no habrá momentos aislados de honrar la totalidad de Dios. No podemos vivir la mitad del tiempo en el reino de Dios y la otra mitad en el reino del seductor. Los hombres que tienen la marca de la bestia sobre ellos no entienden el propósito de las 7 plagas. Se han identificado con lo que va a ser destruido y, por consiguiente, las plagas son un tormento para ellos. No hay que olvidar que estos hombres solo representan todo lo que venera a la ley material como autoridad real. Se han puesto bajo la protección de la bestia y por lo tanto permanecen *por el momento* bajo su ley. El objeto de estas plagas es forzarlas a dejar su ignorancia; mientras se aferran a esta ignorancia las plagas constituirán un tormento para ellos.

El contenido de la primera copa aparece como una enfermedad, “una úlcera cruel y maligna sobrevino a los hombres que tenían la marca de la bestia y adoraban su estatua” (Apoc. 16: 2). La segunda copa aparece como sangre en el mar; la tercera como sangre en los ríos; y la cuarta como un calor espantoso del sol. “Los hombres fueron quemados con terribles quemaduras y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, en vez de arrepentirse (corregirse) para darle la gloria” (Apoc. 16: 11).

Se vierte la próxima (quinta) copa directamente sobre el reino de la bestia – es decir, sobre su presunción de poder y autoridad. En seguida “su reino se eclipsó” (Apoc. 16: 10). Su reino siempre había sido lleno de oscuridad, pero solo ahora se le está reconociendo a la luz creciente del reino de Dios. Sin embargo la ignorancia se aferra a lo familiar y “blasfemaron al Dios del cielo a causa de sus sufrimientos” (Apoc. 16: 11).

La sexta copa se vierte sobre “el río grande, el Éufrates” (Apoc. 16: 12). El río Éufrates era históricamente la fuente y el apoyo de la riqueza mercantil de la gran ciudad de Babilonia, situado en sus orillas. En el Apocalipsis, Babilonia es el símbolo del amor al mundo (material) y el Éufrates apoya la tentación de Babilonia. Cuando se vierte la sexta copa sobre el Éufrates, el río se seca.

El reino de la bestia está oscuro y sacudido, y ha perdido la fuente que nutre a una de sus tentaciones. El dragón y sus 2 delegados se despiertan para proteger la soberanía que está por perderse, y luchan en la única manera que conocen. Visto que son seductores, siguen en sus intentos por engañar. “Después vi salir de la boca del dragón, de la bestia y de la del falso profeta, tres espíritus inmundos como ranas” (Apoc. 16: 13). El que sale de la boca del dragón y de sus delegados tiene el poder de *parecer real* a cualquiera que crea en él. Las ranas “son los espíritus de demonios que hacen prodigios” (Apoc. 16: 14). Son capaces de imitar el poder de Dios y así adquieren el crédito para ellos mismos y para sus autores.

Estos demonios parlantes toman posesión del poder de unir a todo lo que está en la tierra para luchar contra Dios. “Van a reunir a los reyes de toda la tierra para la guerra del gran día del Dios Omnipotente” (Apoc. 16: 4).

Aquí Juan describe la naturaleza de la lucha “en este gran día” cuando el espíritu de la Verdad encuentra al espíritu del engaño. “He aquí que vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela” (Apoc. 16: 15). El ladrón viene como algo que temer, y en lo más oscuro de la noche. Fue en esta manera que vino el adversario de Jacob la noche que ganó para él el nombre de Israel. *La habilidad para reconocer la identidad del “ladrón” que viene en la noche requiere un esfuerzo persistente y consagrado, pero no hay otro modo de ser digno del título de Israel!*

Los demonios parlantes cumplen su función y logran reunir a todos los reyes de la tierra para luchar contra Dios. Se reúnen “en el lugar llamado en hebreo Armagedón” (Apoc. 16: 16). Armagedón significa “las montañas de Megido”. Según el libro de Jueces, fue cerca de estas montañas que tuvo lugar la lucha entre los jefes supremos de la región, los Canaanitas y las tribus sin armas y poco numerosas de Israel. Ganaron los Israelitas. El tema del canto de victoria compuesto tras la batalla era “El Señor me dio dominio sobre los poderosos” (Jue. 5: 11) y esto es el espíritu al cual Juan se refiere en su uso simbólico de la palabra Armagedón.

Todavía no ha empezado la lucha final. Se vierte el contenido de la séptima copa, no sobre la tierra, sino “en el aire. Y salió del templo una gran voz, que venía del trono, diciendo: ‘está hecho’” (Apoc. 16: 17). “Está hecho”, porque *no se podría lograr la victoria si realmente existiera un poder aparte de Dios que pudiera negar el hecho de que Dios es Todo. La existencia aparente de tal poder no es un hecho, sino un engaño; y se está venciendo a este engaño basado en la ignorancia, por medio del conocimiento de Dios!*

El reconocimiento de que “está hecho” causa otro terremoto “como no lo hubo nunca de violento desde que el hombre está sobre la tierra” (Apoc. 16: 18). Se derrota la antigua manera de vivir una vez que se ha reconocido literalmente que Dios es Todo. Tal reconocimiento **no** es algo que pueda ser utilizado **solo** para seguir en el antiguo estilo de vida, **solo** para curarse de temores y enfermedades, y hacer que la existencia material sea más cómoda. *El conocimiento de Dios destruye totalmente la vieja manera de pensar y de vivir!!* “Es el verdadero Dios y la vida eterna” (I Juan 5: 20) y *no hay vida fuera de Él.*

Sin embargo *no hay nada que la mente humana tema más, que la impotencia para hacer un tipo de compromiso entre el antiguo estilo de vida y el nuevo.* A pesar de que se da cuenta de la veracidad de la declaración de Jesús de que “ningún hombre puede servir a 2 amos”, el individuo sigue queriendo vivir en dos mundos al mismo tiempo.

Este pensamiento está muy dispuesto a proclamar la Totalidad de Dios cuando se siente amenazado por la carencia, la enfermedad o la muerte. Pero el resto del tiempo el individuo está propenso a descansar cómodamente en el mundo que siempre ha conocido, disfrutando la salud que ha adquirido por *su* obediencia a las leyes de higiene; del dinero que ha ganado por *su* propio ingenio; y de la sabiduría adquirida por *su* propia inteligencia. Todos éstos son aspectos de lo finito; de la creencia en la separación del Padre; pero dado que son aspectos agradables, es difícil no aferrarse a ellos. Esta es la tentación que aparece bajo el símbolo de Babilonia en el Apocalipsis. Es lo que Juan llamó: el amor al mundo. “No améis al mundo ni lo que hay en él. Si alguno ama al mundo, el amor (al) del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y del orgullo de las riquezas, no provienen del Padre, sino del mundo. El mundo pasa y con él

su concupiscencia (apetitos), pero *el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente* (I Juan 2: 15 – 17).

Juan da a esta tentación el nombre de una ciudad porque siempre utiliza la ciudad como símbolo de un estado de conciencia, y tanto en el Nuevo como en el Antiguo Testamento, la ciudad de *Babilonia ha venido a ser un símbolo aceptado de la tentación ejercida por las cosas del mundo material*. Babilonia es la ciudad que hace que sea extremadamente difícil seguir la verdad “con todo el corazón y con toda la mente”, aún en este punto de la lucha, cuando la Verdad ha sido revelada y entendida. Esta tentación es muy fuerte “emborrachada de la sangre de los santos” (Apoc. 17: 6). Era la misma tentación que Jesús tuvo que enfrentar al principio de su ministerio; *la tentación de evadir el compromiso* (Mat. 4: 8 – 9). *No puede haber victoria final – verdadera conciencia de la unidad con el Padre – hasta que quede destruido el amor al mundo* simbolizado por la ciudad de Babilonia.

Babilonia aparece en el Apocalipsis primero como una mujer. Es el símbolo de la ramera (prostituta, que tanto aparece en el Antiguo Testamento como el símbolo de la infidelidad a Dios). La mujer está sentada sobre la bestia; porque es la bestia – la creencia en un mundo que no sea (de) Dios – que da a Babilonia su autoridad. La mujer es muy bella y deseable, “vestida de púrpura y escarlata, de piedras preciosas y perlas” (Apoc. 17: 4). La montaña que aparece en el libro de Mateo como el lugar de la tentación, ahora es “siete montañas sobre las que se sienta la mujer” (Apoc. 17: 9). Y “los reinos de la tierra” en Mateo son los “siete reyes” (Apoc. 17: 10). Los 7 reyes no reinan al mismo tiempo en Babilonia, puesto que lo que es una gran tentación en una etapa del desenvolvimiento no afecta al individuo en otro momento. En esta etapa de la lucha el reino de los 7 reyes está casi por terminarse. “Cinco han caído, uno vive y el otro no ha venido aún” (Apoc. 17: 10).

La bestia propiamente es una de las tentaciones que reinan en Babilonia. “Él es el octavo, uno de los siete, que va a su perdición” (Apoc. 17: 12). Estos cuernos se unen en un propósito común, el de “poner a disposición de la bestia su fuerza y poder” (Apoc. 17: 12). “Están todos de acuerdo (en una mente)” (Apoc. 17: 12) porque representan la concentración de todas las fuerzas que niegan la Totalidad de Dios. Sin embargo, *a pesar de ellos mismos*, funcionan para la gloria de Dios. “*Porque Dios les ha inspirado la resolución de ejecutar su propio designio y ponerse de acuerdo para poner a disposición de la bestia su poder real hasta que se cumplan las palabras de Dios*” (Apoc. 17: 17).

“Harán la guerra al Cordero, el Cordero los vencerá” (Apoc. 17: 14). Es decir, que *la concentración de poder es inadvertida por el conocimiento de Dios*, y visto como realmente es; y esta inversión destruye a Babilonia. “Los 10 cuernos... odiarán a la prostituta y la despojarán” (Apoc. 17: 16). *Todas las cosas trabajan juntas para bien, para los que aman a Dios*. Babilonia ha sido una gran ciudad, gobernando sobre todos los reyes de la tierra.

Los negociantes se han enriquecido comerciando con ella, y según ella, su posición es inexpugnable. “Estoy sentada como reina y no soy viuda y no conoceré jamás el duelo” (Apoc. 18: 7). Sus mercancías son “de oro y de plata, de piedras preciosas y de perlas, de lino y de púrpura, de seda y de escarlata...” (Apoc. 18: 12 – 13). Sin embargo, las palabras de perdición en contra de Babilonia no se parecen a las de los profetas al escribir acerca de Babilonia y Tira. Son más bien las palabras que Jeremías utilizó 3 veces, cada vez que profetizaba el final de la ciudad de Jerusalén (Jer. 7: 34; 16: 9; 25: 10; Apoc. 18: 23).

En aquel entonces Jeremías estaba luchando contra la convicción de los ciudadanos que la propia ciudad física de Jerusalén era *tan* buena y *tan* santa que *nada* podía destruirla (?). Juan quería dejar claro que no se puede confiar en nada aparte de Dios, por 'bueno' que *parezca*. Así que Juan dice claramente que *Babilonia no es sino solamente el símbolo de la tentación del mal finito*. Esta era la tentación que Jesús rechazó cuando dijo: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino solo Dios” (Luc. 18: 19). Porque *el aceptar que cualquier cualidad puede ser mantenida de alguna manera aparte de Dios, es negar que Dios es Todo*. Jerusalén ‘parecía’ muy segura y digna de admiración a sus habitantes en el tiempo de Jeremías, pero él sabía que esta seguridad estaba basada en un malentendido. Profetizó que la ciudad santa se vendría abajo; y se vino abajo! Y Babilonia también se viene abajo.

Jeremías estaba escribiendo acerca de una ciudad física que finalmente fue conquistada por un ejército físico. El Revelador está escribiendo acerca de un estado de conciencia. Una sola cosa puede destruir esta ciudad a la cual Juan se refiere: el negarse a ser tentado más! *Hay que abandonar el amor al mundo por completo, porque nunca podrá ser mezclado con el amor a Dios*. Una vez que la tentación de Babilonia *ha sido rechazada*, se des/cubre repentinamente que no existe nada de valor en ella. Toda la alegría ha desaparecido de Babilonia. Ya no existe el placer de haber logrado cosas con éxito en Babilonia. “Y no se encontrará más en ti, artífice de cualquier arte” (Apoc. 18: 22). La ciudad ya no será considerada como fuente de abundancia, “no se oirá jamás el sonido del molino” (Apoc. 18: 22). Ya no se tendrá confianza en la ciudad para la luz. “La luz de la lámpara no brillará más en ti” (Apoc. 18: 23). Ya no se creará que la ciudad es el hogar de la alegría y la perfección. “Ni se oirá jamás en ti la voz del esposo y de la esposa” (Apoc. 18: 23). Porque la creencia de que todas estas cosas podrían encontrarse en Babilonia *nunca fue fundada en la Verdad*. Por sus “sortilegios ha seducido a todas las naciones” (Apoc. 18: 23) y la seducción **ahora** se ha acabado!

Una vez desaparecida la luz de Babilonia, se hace visible la luz verdadera; es entonces que se des – cubre que nada se ha perdido y que todo se ha cumplido. *Nada* se pierde por la destrucción de Babilonia. *Todos están librados de la esclavitud de la creencia errónea de que estuvieron en Babilonia – es decir, que existieron **aparte** de Dios*. Cuando Juan describe la nueva ciudad perfecta que surge al final de la séptima visión, no es una “vela” la que ilumina, sino la gloria de Dios (Apoc. 21: 23).

Todavía no ha surgido la ciudad de Dios, pero la alegría que le pertenece ya es evidente. “Aleluya! Porque el Señor, nuestro Dios, Omnipotente, ha establecido Su reino. Gocémonos y alegrémonos y démosLe la gloria, porque han llegado las bodas del Cordero; Su esposa **ya** está preparada” (Apoc. 19: 7).

El símbolo del matrimonio como unión con Dios, es muy usual en el Antiguo y Nuevo Testamentos. Hay que fijarse en la descripción de la novia. “Está vestida de lino fino, limpio y puro” (el lino fino son las obras de justicia de los santos) (Apoc. 19: 8). *Los santos, como se ha mencionado, representan el aspecto más alto del esfuerzo humano*; y hasta ahora no han tenido éxito. Han matado a los santos delante del altar; no han podido conquistar a la bestia; se han muerto en Babilonia. Ahora que Babilonia ha sido destruida, la lucha ineficaz ha sufrido un cambio. *La destrucción de Babilonia quiere decir: el dejar de tratar de mantener cosa alguna fuera de Dios, y una de las cosas que han mantenido tal creencia es el esfuerzo humano* (?). CONSISTE EN RECONOCER QUE TODA ACTIVIDAD, TODA RESPONSABILIDAD Y TODA AUTORIDAD SOLO

PERTENECEN A DIOS. **No es el esfuerzo humano el que da fuerza al poder de Dios!** Lo que le da fuerza es el hecho de que: *ya es así!!* Esto es “el espíritu de la Verdad que proviene del Padre” (Juan 15: 26). Esto es lo que constituye tanto al guerrero como a la victoria. **La única obligación del individuo es: reconocer el espíritu de la Verdad; el hecho de que ya es así!**

La Sexta Visión

Esta sexta visión trata de la lucha final entre el espíritu de la Verdad y el espíritu del engaño. “Luego vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco. El jinete llamado el Fiel, el Veraz, juzga y combate con justicia. Sus ojos son como una llama de fuego; sobre su cabeza tiene muchas diademas. Tiene un nombre escrito que él solo conoce. Está vestido con un manto teñido de sangre y su nombre es: el Verbo de Dios” (Apoc. 19: 11 – 13).

Recordemos que un jinete sobre un caballo blanco hizo su aparición en la segunda visión, cuando se abrieron los primeros sellos. El jinete simboliza la esperanza de victoria que ocurre al principio de la lucha, la confianza todavía no puesta a prueba, que no ha encontrado a su adversario. Pero ahora el jinete ya no simboliza la sombra de victoria, *sino su sustancia*. “Sobre su cabeza había muchas coronas” (Apoc. 19: 12). A lo largo de la larga lucha contra los varios aspectos del desengaño, el individuo ha descubierto que la victoria NO es suya. **La victoria pertenece al espíritu de la Verdad.** Los “santos” han aprendido a seguir la Palabra del Señor *en vez de tratar* de hacer el trabajo ellos mismos; como lo dice Juan, siguen al jinete sobre el caballo blanco, en vez de tratar de ir a caballo ellos solos. *Al haber aprendido a reconocer la Verdad, están dispuestos a dejar que la Verdad haga su propio trabajo.*

Ahora que la lucha contra el dragón se ha juntado bajo la bandera de la Palabra de Dios, lo mismo pasa pero con las fuerzas del dragón. “Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra contra el que estaba sentado sobre el caballo y contra su ejército” (Apoc. 19: 19).

Ahora que Dios ha sido reconocido como la manifestación *total*, la bestia está vista como el resultado de una mentira acerca de la manifestación, y a través del espíritu de la Verdad, ya no se cree más en este engaño. “Pero la bestia fue apresada y con ella el falso profeta, que son sus prodigios ante la otra bestia que había seducido a los que llevaban la marca de la bestia y que habían adorado su estatua. Y fueron arrojados vivos los 2 a un estanque de fuego de azufre ardiente” (Apoc. 20: 20).

El estanque de fuego quiere decir destrucción *t o t a l*. Ya no tienen poder la bestia y el falso profeta, y no aparecen *nunca más* a seducir al mundo! “Los demás fueron matados con la espada que salía de la boca del que estaba en el caballo, y todas las aves se saciaron de sus carnes” (Apoc. 20: 21). En la sexta visión fueron reunidos por “tres espíritus inmundos como ranas” (Apoc. 16: 13). Y fueron vencidos al invertir este mismo método. “Los demás fueron matados con la espada que salía de la boca del que estaba en el caballo” (Apoc. 19: 21).

La Palabra de Dios destruye al poder invocado por la serpiente parlante. Este es el final de la segunda lucha descrita en el Apocalipsis. La primera tuvo lugar “en los cielos”. *Aquí el dragón fue vencido por: el despertar del entendimiento y rechazado para siempre!* Es decir, que el dragón ya no está considerado como una realidad, sino como una mentira. El dragón no fue destruido sino arrojado “a la tierra” y el propósito de la segunda lucha era arrojarlo **de** la tierra también. Esto se logra por la destrucción de los 2 delegados a través de los cuales el dragón pudo manifestar su poder “en la tierra”, es decir,

visiblemente. Con la destrucción de la bestia y del falso profeta, el dragón ya no puede manifestarse en la tierra, puesto que está conocido que Dios incluye dentro de Sí mismo, toda manifestación.

Tras esta segunda victoria, el dragón ya no puede trabajar en la tierra; ya se conoce a la tierra como la expresión o manifestación de la gloria de Dios. Sin embargo, el dragón propio todavía existe. *Él es la mentira fundamental de la separación de Dios*, y esta mentira todavía no ha sido destruida sino solamente desarmada. “Vi un ángel que bajaba del cielo: tenía en la mano la llave del abismo y una gran cadena. Prendió al dragón, la antigua serpiente - que es el diablo, satanás, y lo encadenó por mil años; lo arrojó al abismo, que fue cerrado y sellado después para que no pudiese seducir más a las naciones hasta que no se cumpliesen los mil años, después de los cuales debe ser soltado por poco tiempo” (Apoc. 20: 1 – 3).

De ahora en adelante, *parece* que el reino del dragón se ha acabado. No puede manifestarse porque se entiende que Dios es Todo – en todo, la única manifestación; y el dragón no puede matar, porque se sabe que Dios es la única vida. Tal entendimiento es el Cristo, y con él los santos reinan sobre la tierra. “Vi las almas... que no habían adorado a la bestia... y vivieron y reinaron con Cristo mil años” (Apoc. 20: 4). Estos “mil años” constituyen el reino milenarismo de los Apocalipsis judíos. Juan utiliza cualquier número que no sea siete o doce, los números que simbolizan la perfección, ya que el reino establecido por los santos es un reino dividido. Es nada más que una prolongación de la convicción expresada al principio de la primera visión, antes de que la lucha propiamente empezara. “Reinamos sobre la tierra” (Apoc. 5: 10).

Mientras que exista algo sobre lo cual sea necesario gobernar, existe algo separado de Dios, y todo el poder del dragón reside en la idea de algo aparte de Dios. El dragón ha perdido su autoridad, pero todavía está esperando “en el foso”. La victoria sobre los delegados del dragón no quiere decir la victoria sobre el dragón mismo. Mientras exista la idea de separación de Dios, el reino es incompleto y precario, y terminará por destruirse. La expresión “mil años” es nada más que un símbolo de un final inevitable. “Cuando se hayan cumplido los mil años” (Apoc. 20: 7), el dragón sale de su prisión. *La mentira que está basada en la creencia que el hijo está separado del Padre, de repente reanuda su actividad y ningún esfuerzo humano por “reinar puede resistirlo”.* “El campamento de los santos” (Apoc. 20: 9) está rodeado por los ejércitos del dragón y no pueden defenderse.

Por consiguiente, se abandona al esfuerzo humano para siempre !! Esto constituye la etapa final de la lucha. El esfuerzo humano implica separación y no hay tal separación, no hay necesidad de luchar, no hay responsabilidad para vencer. **No hay nada por qué luchar, ya que Dios es Todo – en todo; no hay nada por conquistar ni nada contra lo cual defenderse.** “Soy uno con el Padre” (Juan 19: 20). Ésta es la victoria final y está simbolizada por el Revelador en una imagen de destrucción total de todo lo que no sea Dios. “El diablo que los seducía, fue arrojado al estanque de fuego y azufre, donde están la bestia y el falso profeta” (Apoc. 20: 10). “La muerte y el hades fueron arrojados al estanque de fuego” (Apoc. 20: 14) “y todo lo que no tenía existencia real – todo lo que no fue encontrado escrito en el libro de la vida fue arrojado con ellos” (Apoc. 20: 15).

Este es el final de la lucha por encontrar a Dios, cuando se acaba la necesidad de luchar y ya no hay responsabilidad. Es el final del mundo viejo y el principio de un mundo nuevo, y Pablo lo describió una vez en una manera que no puede mejorarse: “Vendrá finalmente, el fin cuando él entregue el reino a

Dios Padre, después de haber destruido todo principado, toda potestad y toda fuerza... Pues cuando todo esté sometido, entonces también el Hijo se someterá a quien todo lo sometió, para que sea Dios Todo en todas las cosas” (I Cor. 15: 24, 28).

La Séptima Visión

La séptima visión trae la paz perfecta. “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra han desaparecido, y el mar ya no existe más; y vi la ciudad santa, la Nueva Jerusalén, que bajaba del cielo del lado de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su esposo. Y oí venir del trono una gran voz que decía: ‘He aquí la morada de Dios con los hombres. Él habitará con ellos; ellos serán Su pueblo y Dios mismo morará con los hombres. Se enjugará toda lágrima de sus ojos y no habrá más muerte, ni luto, ni clamor, ni pena, porque el primer mundo ha desaparecido” (Apoc. 21: 1 – 4). *Porque todas estas cosas nacían de su falta de entendimiento de Dios, y tal falta se ha terminado...*

Esto es la victoria prometida al individuo en el prólogo del Apocalipsis. Fue prometida en cada uno de los mensajes a las 7 iglesias, y ahora que se han cumplido las 7 promesas, están: un/i/dos. “El vencedor heredarás estas cosas, y yo seré su Dios, y él será Mi Hijo” (Apoc. 21: 7). Cualquier cosa que no sea uno con el Padre ya no puede existir. “Pero los cobardes, los incrédulos, los depravados, los homicidas, los fornicadores, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán una herencia en el estanque ardiente de fuego y de azufre – ésta es la segunda muerte” (Apoc. 21: 8). Es decir, que todo miedo y falta de creencia y contaminación y muerte y adulterio y desengaño e idolatría y mentiras, quedan destruidos para siempre, así como el seductor que les dio su poder para existir.

La lucha ha terminado. La Ciudad Santa no es como el campamento armado de la visión previa, susceptible de ser atacado a cualquier hora, porque el dragón está destruido, y con él, la creencia en cualquier cosa ajena a Dios. Sin embargo, *fueron esta lucha y la victoria que ésta produjo, los que permitieron vivir en la ciudad de Dios*. O como lo dice Juan, es uno de los ángeles que trajeron las 7 plagas que enseña al Revelador “la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios” (Apoc. 21: 10). No fue la lucha la que creó la ciudad sino que ayudó al individuo a reconocer su existencia. No era necesario crear la ciudad, puesto que la Verdad siempre ha existido. *A lo largo de la larga lucha, el individuo ha aprendido a reconocer la existencia de la ciudad, para verla “que bajaba del cielo de junto a Dios con la gloria misma de Dios” (Apoc. 21: 10 – 11).*

Jesús se refería a un hecho eterno, al decir: “El reino de Dios está dentro de vosotros” (Luc. 17: 21). *Sin embargo, es solo a través de la lucha, que es posible des/cubrir el reino. **Es solo cuando el individuo ha vencido su creencia en toda cosa aparte de Dios, que puede entrar en el reino de Su presencia.** No importa cuánto tiempo pueda pasar antes de que sea reconocida la presencia del reino de Dios – nada puede cambiar el hecho de que el reino de Dios es “una ciudad permanente” (Heb. 13: 14). La gloria de Dios está siempre presente!* La lucha es solo una lucha aparente, ya que **EL ADVERSARIO NO ES REAL**. La realidad no cambia, y el reino de Dios es el reino del Dios de siempre!! “La gran ciudad santa, Jerusalén” es el símbolo de este reino, y en su descripción de la ciudad, Juan evoca a todos los símbolos utilizados por los profetas del Antiguo Testamento par significar luz, perfección, alegría.

“Su esplendor es como un jaspe cristalino; los 12 fundamentos son piedras preciosas, y sus puertas perlas” (Apoc. 21: 21), y todas sus medidas son las que

simbolizan la perfección. La ciudad es de “oro puro, como cristal transparente” (Apoc. 21: 21). Adentro de la ciudad hay un río del agua de la vida, “que riega el árbol de la vida que da 12 frutos al año, cuyas hojas sirven para curar a las naciones. No hay templo en la ciudad, puesto que Dios es el único templo, y no hay necesidad de iluminar a la ciudad, dado que Dios es la única luz” (Apoc. 21: 21 – 23).

Las puertas de la ciudad *nunca están cerradas y todos pueden entrar allí libremente*. Hasta “los reyes de la tierra” que parecían en un momento luchar del lado de la bestia ahora llevarán a ella su gloria” (Apoc. 21: 24). Porque Dios es *Todo* – en todo, y en su presencia todo puede ser venerado libremente. Sin embargo, aunque se puede entrar libremente en la ciudad, ésta está guardada de cualquier cosa que no se parezca a sí misma. “En ella no entrará nada impuro, ni quien cometa abominación y mentira” (Apoc. 21: 27). *Porque la Verdad no tiene nada que ver con la mentira, está protegida de cualquier cosa que no sea como ella, por su propia naturaleza.*

La séptima visión acaba con la imagen de la ciudad santa. Se ha mostrado el camino hacia la Vida, y “bienaventurado el que guarda la palabra de la profecía de este libro” (Apoc. 22: 7).

El contenido del libro es libre para cualquiera capaz de aceptarlo. “El que tenga sed que venga, y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la Vida” (Apoc. 22: 17). Pero no hay que añadir ni quitar ni una sola palabra de la profecía. Después se da una bendición: “*La gracia del Señor Jesús sea con vosotros. Amén*” (Apoc. 22: 21)

Juan era el único discípulo que sabía que la lucha era entre “el espíritu de la Verdad y el espíritu del desengaño” (I Juan 4: 6) y ya había declarado que la lucha sólo podía tener un solo final:

“Nosotros sabemos que somos de Dios y que todo el mundo está bajo el poder del maligno. Sabemos también que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado la inteligencia para conocer al Verdadero. Nosotros estamos en el Verdadero, en Su Hijo Jesucristo. Él es el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos!” (I Juan 5: 19 – 21).

Si traducimos este pasaje al lenguaje utilizado en el Apocalipsis, se vuelve una versión resumida de la acción entera del libro del Apocalipsis:

“Sabemos que *somos* los hijos de Dios, y que todo el mundo *parece* estar engañado por el dragón. Y sabemos que Jesús trajo toda la verdad acerca de Dios y la habilidad para reconocer Su santa ciudad. Él es el verdadero Dios y Él es la vida eterna. Amados, no honréis lo que no es real / verdadero”

A M É N !

Ignorancia acerca de Dios = dragón —————>

2 delegados:

Ley material = bestia —————>

Sentido personal = falso profeta